

Pues, al oír primores de *Cascante,*
Júpiter mismo quita ya la *gorra*
y del orden le manda ser *ecuestre.*

De don Jerónimo de Monforte y Vera:

SONETO

Escuchando el acorde *caramillo*
armonía se vuelve la *sentina,*
perdiendo los hedores de *letrina*
que la causan las aguas del *jarrillo.*

Aunque estaba Miguel algo *ronquillo,*
Telésforo admiró con voz más *fina,*
y tal que, como Orfeo de la *China,*
á su encanto traerá cualquier *perrillo.*

Su canto ablandará cualquier *diamante*
y la puerta abrirá de la *mazmorra*
donde infernal Plutón es el *Maestre.*

Elogio digno solo de *Cascante,*
pues Apolo, quitándole la *gorra,*
en gongorino estilo es un *ecuestre.*

JUICIO SINTÉTICO DE ESTA SESIÓN

Mal librada resultaría la Academia si se le hubiera de juzgar sólo por esta su sesión inaugural, en la que los poetas esclavizaron su númen á la ridícula cadena de los consonantes forzados. La décima y los cinco sonetos leídos son atroces. Gran esfuerzo intelectual tiene que hacer el lector para sacar algo en limpio de tan insustancial palabrería.

R. P.

ACTA SEGUNDA

DE LA ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EL LUNES 30 DE SEPTIEMBRE DE 1709.

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

El licenciado don Miguel Sáenz Cascante

El doctor don Pedro Joseph Bermúdez

El marqués de Brenes—El doctor don Pedro de Peralta.

Don Juan Manuel de Rojas—Don Jerónimo de Monforte y Vera

Después de la música y Academia mandó su Excelencia de repente esta redondilla que hizo:

El Pastor sentía que
se ausentase, y también no
dejó de llorar, pues vió
á su Pastora sin fe.

De don Miguel Saenz Cascante:

GLOSA

Los amagos de la ausencia
de una zagala inconstante
un pastor, tierno y amante,
lloraba sin resistencia,
conociendo la violencia
de lo que siente, y porque
su grande tristeza fué
ella lo estaba notando,
pues nunca dudaba cuando
el pastor sentía que.

Como él de fino penaba
y de celoso moría,
contemplaba y discurría
cómo el dolor le ultrajaba;
á los rayos de su aljaba
en tal confusión se halló
que, temeroso, dudó,
queriendo que su homicida
para volverle la vida
se ausentase y también no.

Volvió á verla, y animado
todo el raudal detenido,
lo que antes lloró sentido
celebraba consolado.
Ya del llanto recobrado
en su cielo se animó;
no es mucho si le admiró
porque, al fuego de sus ojos,
rindiendo el alma en despojos
dejó de llorar, pues vió.

Repitió la cruel porfía
de sus celosos engaños,
y buscando desengaños
su amor se los escondía.
De celos y amor ardía,
y en su empeño el rigor ve
contra el afecto, porque
en la selva no hay pastor
que, con celos, tenga amor
á su pastora sin fé.

Del doctor don Pedro Joseph Bermúdez.

— GLOSA —

Bien de Anfriso el sentimiento
Clori advierte en su temor,
por más que su desaliento
solamente á su dolor
comunique su tormento.
Qué sentía y por qué fué
su pesar, sabe; y por qué
padecía tal quebranto,
pues no ignoraba ella en cuanto
el pastor sentía que.

Los ojos mortificar
procuró por conocer
que, en ellos y en su pesar,
no cabe el gozo de ver
con el afán de llorar.
De ver por llorar dejó,
y como sin luz se halló
volvió á verla, ciego y loco,
y aunque vió poco, ese poco
dejó de llorar, pues vió.

Viendo su amante despecho
intentó que una experiencia
le dejase satisfecho,
y de los ojos la ausencia
se hiciese quietud del pecho.
El que en la ausencia temió
mayor mal y consultó
á su amante idolatría,
discurrió que convenía
se ausentase, y también no.

Adorar la perfección
que, esquivada desdena, es justa
firmeza de una pasión;
pero adorar la que injusta
agravia, es obstinación;
y así que el pastor esté
obstinado, bien se vé,
pues sobre agravio y mudanza
adora con esperanza
á su pastora sin fé.

De don Pedro Peralta y Barnuevo.

— GLOSA —

Amante, rendido y ciego,
un pastor tanto adoraba
á una pastora, que amaba
áun del corazón el fuego.
Idolatraba áun su ruego

en un éxtasis, porque,
aun cuando llorar se ve,
ni el pastor sentía cómo
amaba, ni por asomo
el pastor sentía que.

Ausentarse, rigurosa
quiso la zagala esquivada,
que, en su condición altiva,
piensa parecer hermosa.
Dudó entonces (rara cosa!)
el pastor cuando la oyó
qué decirle, pues sintió
de suerte el desdén, que allí
al verla ir, quiso que si
se ausentase, y también no.

y ella le desengañó,
su corazón recobró;
discreto dejó y felice
de amar, pues el infelice
dejó de llorar, pues vió.

Con tan fatal experiencia,
con tan eficaz remedio,
comenzaba ya á hallar medio
de sanar de su dolencia.
Como era desdén la ausencia

Mas, con todo el desengaño,
áun sentía en tal sosiego
vivir en desasosiego
y respirar sin engaño.
Era ya este el mayor daño,
pues cuando á librarse fué
(él lo ignoró, y yo lo sé)!
sintió aún más hallarse él ciego
con vista que en tanto fuego
á su pastora sin fé.

De don Juan Manuel de Rojas.

— GLOSA —

Un pastor con su pastora
encontré en el prado un día;
ella, alegre, se reía
y él, triste, suspira y llora:
en la fe con que la adora
mueve con qué, y con porqué,
y aunque su pena observé
como explicarla no hay,
me quedé ignorando si
el Pastor sentía qué.

Sin poderlo resistir,
absorto en su dulce encanto,
le pidió licencia al llanto
por verla, ingrata, reír;
alivio halló en su sentir
al punto que la miró;
porque el llanto que vertió
tan ciego tuvo al amante
que, solo aquel breve instante,
dejó de llorar, pues vió.

Viendo que con su presencia
no encuentra alivio el zagal,
la preguntó si su mal
tendrá remedio en la ausencia;
y ella, sin más resistencia,
la ausencia le concedió,
y el remedio le negó;
pues con un desdén prolijo,
burlándose de él, le dijo
se ausentase, y también no.

Bien perdido y mal ganado,
sin libertad ni sosiego,
viendo el ingrato despego
se ausentó el zagal del prado;
fino amante y despreciado
su muerte en la ausencia ve,
y aunque á padecerla fué
quiere más morir ausente
que ver; estando presente,
á su pastora sin fé.

De don Jerónimo de Monforte y Vera:

Menga y Pascual, los favores
mezclando con los desdenes,
ignoraban de sus bienes
talvez los dulces primores.
En sus amantes furoros
equivocada, no se
conoce la causa de
su afecto, puesto que allí
ella no sabía si
el pastor sentía que.

Ella talvez le dejaba,
y le buscaba talvez,
que del amor la niñez
á tira-afloja jugaba.
Tímido el pastor estaba
en las acciones que vió,
y así neutral también dió
culto al rapaz, pues su fe
á un tiempo sentía que
se ausentase y también no.

Ver y llorar no podía
á un tiempo la tal zagala,
solo porque el brío y gala
del zagal era alegría.
Lloraba cuando no vía
á Pascual que la inquietó;
pero amor que procuró
su bien, le puso delante;
vióle, y en el mismo instante
dejó de llorar, pues vió.

Al paso que la belleza
creció en Menga la mudanza,
porque se inclinó á la danza
que le tocó otra fineza.
Oh! qué poco la firmeza
durar en amor se vé,
pues el pastor halló que
un mocito de ciudad
le hacía la caridad
á su pastora sin fe

JUICIO SINTÉTICO DE ESTA SESIÓN

El virrey marqués de Castell-dos-Rius era una de los muchos literatos de aquel siglo que aspiraban á convertir la poesía en una especie de gimnasio intelectual, en el que mayor mérito se acordaba al vencedor de dificultades métricas que al que sobresalía por la altura y novedad del pensamiento. Así lo comprobó su Excelencia con la enigmática y sosa redondilla que, en esta sesión, designó por tema de glosa á sus amigos. En literatura, la idea vivía esclavizada, al artificio de la forma, como, en política, la libertad atada al carro de la lejana metrópoli.

Me he esforzado, pero en vano, por encontrar algo que elogiar en las décimas glosadas en esta sesión, y nada habrían perdido las bellas letras con que las composiciones leídas se le hubieran estraviado al secretario compilador.

R. P.

ACTA TERCERA

DE LA ACADEMIA DEL LUNES 7 DE OCTUBRE DE 1709.

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

El licenciado don Miguel Cascante — *El doctor don Pedro José Bermúdez*
El marqués de Brenes — *El doctor don Pedro de Peralta*
Don Juan Manuel de Rojas — *Don Jerónimo de Monforte y Vera.*

Para esta Academia había pedido Su Excelencia á los ingenios que trajese cada uno un enigma.

Después de la música se improvisó un romance joco-serio, en quince coplas á Narciso, con el asonante de un nombre, asunto que dió Su Excelencia.

Del licenciado don Miguel Saenz Cascante:

ENIGMA

¿Cuál es aquel animal
cuya piel es todo el cuerpo,
y suele variar colores
blanco, colorado y negro?

En su cuerpo, solo boca
y largas orejas vemos,
en las cuales se le pone
para gobernarle el freno.

Alma no tiene por sí
ni humano ó bruto compuesto;
mas si le mueven entonces
toma alma, carne y huesos.

Si lo aflojan mucho, se anda
de caer con algún riesgo;
mas si lo aprietan, no él,
tú tendrás el sentimiento.

No anda con sus propios pies,
siempre camina en ajenos,
y, no teniéndolos, deja
de pies vestidos impresos.

Para mitigar su rabia
el picarlo es el remedio,
y mientras más lo picares
servirá más manso y quieto.